

# **LA AVENTURA ESPIRITUAL DE ISABEL DE LA TRINIDAD**

## **Lucio del Burgo OCD**

Las cartas de Isabel de la Trinidad son el testimonio más significativo y más vivo de una creyente del siglo XIX y XX. Seguir todo su epistolario es la inmersión en una corriente de vida. Dios va a ser el verdazo protagonista. Un Dios de misericordia y ternura que llama, seduce y llena el corazón de una joven que se llama Isabel Catez. En estas páginas vamos a señalar algunos hitos importantes de su existencia creyente, momentos significativos que pueden ser un testimonio para el hombre y la mujer de hoy.

### **La vida es bella**

Las primeras cartas que nos ofrecen sus obras completas son muy expresivas. En ellas se pone de manifiesto el aspecto humano de Isabel de la Trinidad. Ella fue sensible a la amistad, abierta al gozo de la vida, se estremece ante la belleza de la creación, hace deporte, toca el piano, compone piezas musicales, aprende inglés... Todo lo bueno y lo noble de la existencia tiene un eco en su corazón.

“Yo estoy encantada de mis vacaciones. Hemos estado quince días en Gemeaux en casa de la señora de Sourdon, que no nos quería dejar marchar, y nos hemos divertido muchísimo. Hemos jugado interminables partidas de croquet, largas caminatas. Además, yo tocaba. Al señor de Gemeaux le gusta mucho la música. Hemos ido frecuentemente al castillo” (C 6,2).

Esta es la primera lección que nos da: apertura a todo lo humano que nos rodea. Isabel es una gran mística, nos

descubre la Trinidad como un hogar de amor y a la vez está abierta a la belleza de la vida.

“Pasamos la mañana en la playa, admirando el mar que tanto me encanta y contemplando a los bañistas. A las cuatro estábamos en Carlita, donde estábamos siendo regaladas por nuestras primas y donde hacemos honor a la excelente cocina del Mediodía. Damos largos paseos. Sólo que, a consecuencia de una tormenta, se ha refrescado tanto el ambiente que casi hace frío” (C 9).

### *Su secreto*

La felicidad está dentro de ti. No la busques fuera que te decepcionará. Por eso afirmaré: “Me parece que he encontrado mi cielo en la tierra, porque el cielo es Dios, y Dios está en mi alma. El día que comprendí esto, todo se iluminó en mí, y querría decir bajito este secreto a todos los que amo, para que también ellos se unan siempre a Dios a través de todas las cosas” (C 122).

Este es el secreto de su vida y la experiencia más original de Isabel: llevar a los creyentes a saborear la cercanía del Señor en su corazón. A través de las cartas, de la amistad, de la conversación, de la música y de todos los detalles de su vida. Isabel ha sido un testimonio del Dios que ha hecho morada en su corazón.

“¡Qué buena es la presencia de Dios dentro de nosotras, en el santuario íntimo de nuestras almas! Allí le encontraremos siempre, aun cuando no experimentemos sensiblemente su presencia. Pero El está allí lo mismo, tal vez más cerca aún, como dice. Es ahí donde me gusta buscarla. Procuremos no dejarle nunca solo, que nuestras vidas sean una oración continua” (Carta 47).

### **La vocación al Carmelo**

La historia vocacional de Isabel comienza en los primeros años de su vida. Tiene siete años de edad, se encuentra en el “Midi” francés de vacaciones. Una tarde en una conversación con el canónigo Angles le dice: “Señor Canónigo, seré religiosa. Quiero ser religiosa”. Estos primeros latidos vocacionales son imprecisos e indiferenciados. El tiempo, la madurez personal y la acción de Dios, verdadero protagonista de la vida de esta joven, lograrán una mayor clarificación vocacional.

Pasa el tiempo. A los catorce años, en una conversación con su amiga Luisa Recoing, con frecuencia hablan sobre la llamada de Dios. Luisa desea entrar en el Carmelo. Isabel tenía cierta inclinación a ingresar en una Congregación dedicada a la enseñanza. La Congregación del Sagrado Corazón era la institución más cercana y que mejor conocía. Además estaría más cerca de su mamá y su hermana Margarita. ¡Se querían tanto! Estaban muy unidas. La separación sería una tragedia. Incluso la carrera de piano que había cursado brillantemente para relacionarse con el mundo de la juventud.

De repente, Dios y su llamada. Tiene quince años y el momento es muy significativo, después de la comunión. En el fondo de su corazón se impone esta voz “El Carmelo”. Isabel sería Carmelita Descalza a pesar de todas las dificultades. Desde este momento, Isabel, ve con claridad su vocación. Oye el sonido de las campanas del convento. Siente nostalgia del Carmelo.

Todo resulta divino, carismático, sobre ruedas. ¡No! Su madre, profundamente religiosa, se opone a esta decisión. Hasta el punto que prohíbe a Isabel visitar a las Carmelitas. Espera impaciente. El amor de Dios y el amor a su madre. Un periodo

de lucha y espera. Conversaciones con sacerdotes de su confianza.

El 2 de agosto de 1901 entre en el Carmelo. Las cartas y los testimonios que poseemos nos revelan el drama del momento. Isabel. Los últimos meses fueron muy duros para las tres: Isabel, su madre y su hermana. Veamos:

“Ya le comunicaré la fecha de mi ingreso. Cuento ese día con sus oraciones y las de su buenísima madre, a quien no olvido. Mientras tanto, ore, pues se acerca el día. Estoy haciendo la maleta. ¡Es tan triste para mi querida mamá” (Carta 71).

“Acuérdese de mí el 2 de agosto, querida amiga, o mejor, acuérdesse de ellas, pues tendrán que hacer lo mas duro del sacrificio. Cuento ese día con sus oraciones” (Carta 72).

“Ruegue mucho por mi pobre mamá. Tiene momentos de desesperación, pero no trata de retenerme. Es preciso que sea por el Señor. Solo Él puede darme fuerzas. Su corazón puede comprender estos desgarrones. Ruegue por nosotras” (Carta 64).

Los últimos días que vive en casa son de un profundo dolor. No puede dormir. Su madre tampoco. Una noche fue a la habitación de su hija y rompió a llorar.

### *La profesión religiosa de Isabel*

La ceremonia litúrgica se realizó el 11 de enero de 1903. Se celebraba la fiesta de la Epifanía en Francia, domingo siguiente al 6 de enero. Isabel fue admitida a la profesión por el voto unánime de la comunidad. Pronunció los votos de obediencia, castidad y pobreza. Para siempre, para toda la vida. El rito se realizó en privado, la sala capitular, como era costumbre en aquel entonces. La ceremonia pública, toma del velo, se

celebraría el 21 de enero, fiesta de santa Inés, tan significativa para Isabel.

Las cartas en torno a estas fechas son muy reveladoras. Nos muestran el talante espiritual de esta joven que se siente desbordada por un torrente de amor, perseguida por el amor de Cristo. Como consecuencia experimenta que su vida tiene que ser la adoración y la alabanza, un diálogo de amor. Se siente como una joven esposa, cuyo Esposo es el crucificado por amor.

“Me siento envuelta en el misterio de la caridad de Cristo. Cuando miro hacia atrás me parece ver una persecución de Dios sobre mi alma. ¡Oh, qué amor! Estoy como aplastada bajo este peso. Entonces me callo y adoro!” (Carta 151).

“¡Qué feliz soy siendo una esposa de Cristo! Quisiera hablarles del día de mi profesión, pero, ya lo ven, es algo tan divino que el lenguaje de la tierra es incapaz de decirlo... Es un día único, y creo que si me encontrase delante del buen Dios no tendría una emoción mayor que la que sentí. ¡Es tan grande lo que ha pasado entre Dios y el alma!” (Carta 154).

La aventura espiritual de Isabel sigue su camino hacia el Infinito. En el Carmelo descubrirá en profundidad el misterio de la Trinidad. Hay una etapa muy luminosa de su vida: cuando descubre su enfermedad y el misterio de su sufrimiento.

Por último, me resultan reveladoras las cartas del adiós. Isabel se va despidiendo de sus amigos y conocidos porque va a emprender un viaje: “Voy a la Luz, al Amor, a la Vida”. Estas fueron sus últimas palabras.

No acaba su aventura espiritual con la muerte. Mediante sus escritos sigue atrayendo a los hombres y mujeres a la

interioridad. Isabel se ha convertido en una de las grandes místicas de nuestro tiempo. Mística de la amistad, mística de la interioridad y mística de la juventud. No podría terminar sin citar su “Oración a la Santísima Trinidad”, son muchos los que la conocen y se ha hecho clásica en la historia de la Espiritualidad.

**“¡Oh, Dios mío, Trinidad a quien adoro!** Ayudadme a olvidarme enteramente par establecerme en Vos, inmóvil y tranquila, como si mi alma estuviera ya en la eternidad. Que nada pueda turbar mi paz, ni hacerme salir de Vos, ¡oh , mi Inmutable!, sino que cada minuto me haga penetrar más en la profundidad de vuestro misterio. Pacificad mi alma, haced de ella vuestro cielo, vuestra morada amada y el lugar de vuestro reposo. Que no os deje allí jamás solo, sino que esté allí toda entera, completamente despierta en mi fe, en adoración total, completamente entregada a vuestra acción creadora.

**¡Oh, mi Cristo amado, crucificado por amor,** quisiera ser una esposa para vuestro Corazón; quisiera cubriros de gloria, amaros...hasta morir de amor! Pero siento mi impotencia y os pido os dignéis “revestirme de Vos mismo”, identificad mi alma con todos los movimientos de la vuestra, sumergidme, invadidme, sustituidme, para que mi vida no sea más que una irradiación de vuestra vida. Venid a mí como Adorador, como Reparador y como Salvador. **¡Oh, Verbo eterno, Palabra de mi Dios!**, quiero pasar mi vida escuchándoos, quiero hacerme dócil a vuestras enseñanzas, para aprenderlo todo de Vos. Y luego, a través de todas las noches, de todos los vacíos, de todas las impotencias, quiero miraros siempre y permanecer bajo vuestra gran luz. **¡Oh, Astro amado!**, fascinadme para que no pueda ya salir de vuestra irradiación.

**¡Oh, Fuego consumidor, Espíritu de Amor,** descendad a mí para que se haga en mi alma como una

encarnación del Verbo. Que yo sea para El una humanidad complementaria en la que renueve todo su Misterio. Y Vos, ¡oh Padre Eterno!, inclinaos hacia vuestra pequeña criatura, cubridla con nuestra sombra, no veáis en ella más que al Amado en quien Vos habéis puesto todas vuestras complacencias.

***¡Oh, mis Tres, mi Todo, mi Bienaventuranza, Soledad infinita, Inmensidad donde me pierdo!***, yo me entrego a Vos como una presa. Encerraos en mí para que yo me encierre en Vos, mientras espero ir a contemplar en vuestra luz el abismo de vuestras grandezas”.